



LA INCREÍBLE JORNADA DE FE
DE UN NÓMADA

ABRAHAM

CHARLES R.
SWINDOLL

ABRAHAM

LA INCREÍBLE JORNADA DE FE
DE UN NÓMADA

ABRAHAM

CHARLES R.
SWINDOLL



Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Abraham: La increíble jornada de fe de un nómada

© 2015 por Charles R. Swindoll. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2014 como *Abraham: One Nomad's Amazing Journey of Faith* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-8063-6.

Fotografía de la portada © por DEA / G. NIMATALLAH/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía interior de sandalias © por Chad Zuber/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2010 por David Edmonson. Todos los derechos reservados.

Diseño: Ron Kaufmann

Edición del inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Charles M. Woehr

Publicado en asociación con Yates & Yates, LLP (www.yates2.com).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960[®] es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional,[®] NVI.[®] © 1999 por Bíblica, Inc.[®] Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

El texto bíblico indicado con LBLA ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS[®], © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

ISBN 978-1-4964-0639-2

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

21 20 19 18 17 16 15
7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

| | |
|------------------|--|
| Introducción | <i>ix</i> |
| CAPÍTULO 1 | Ir... sin saber adonde <i>1</i> |
| CAPÍTULO 2 | Cuando caen los fieles <i>17</i> |
| CAPÍTULO 3 | La decisión que condujo al desastre <i>31</i> |
| CAPÍTULO 4 | Abram, el hombre magnánimo <i>45</i> |
| CAPÍTULO 5 | ¿Podemos hablar? <i>57</i> |
| CAPÍTULO 6 | Cuando uno se le adelanta a Dios <i>71</i> |
| CAPÍTULO 7 | Cómo profundizar nuestras raíces en Dios <i>85</i> |
| CAPÍTULO 8 | Uno de esos días con altibajos <i>101</i> |
| CAPÍTULO 9 | ¿Qué pasa cuando oramos? <i>117</i> |
| CAPÍTULO 10 | Cuando la fosa séptica se desborda <i>131</i> |
| CAPÍTULO 11 | El gemido de dos ciudades <i>145</i> |
| CAPÍTULO 12 | Venciendo la peligrosa resaca de la depravación <i>159</i> |
| CAPÍTULO 13 | El dèjá vu de la desobediencia <i>171</i> |
| CAPÍTULO 14 | ¡Es un varón! <i>185</i> |
| CAPÍTULO 15 | Pecado perdonado... consecuencias que perduran <i>201</i> |
| CAPÍTULO 16 | Cuando Dios dice: «¡Suéltalo!» <i>215</i> |
| CAPÍTULO 17 | Un saludable hogar de fe <i>229</i> |
| CAPÍTULO 18 | Encontrando su pareja para toda la vida <i>241</i> |
| CAPÍTULO 19 | ¡Qué manera de irse! <i>255</i> |
| CAPÍTULO 20 | El retrato de un héroe... con verrugas y todo <i>269</i> |
| Reconocimientos | <i>285</i> |
| Apéndice | <i>287</i> |
| Notas | <i>293</i> |
| Acerca del autor | <i>299</i> |

INTRODUCCIÓN

OLIVER CROMWELL, un soldado inglés y estadista del siglo diecisiete, llegó a ser famoso por su autenticidad y transparencia. Una vez, cuando se exasperó por los rigores de la política y se sintió contrariado con sus compañeros, se paró frente a ellos en el parlamento y dijo: «Habría estado contento de vivir en mi casa junto al bosque, de haber tenido un rebaño de ovejas, en lugar de hacerme cargo de un gobierno como este»¹. Más adelante, al posar para un retrato, Cromwell supuestamente le dijo al pintor: «Señor Lilly, deseo que use toda su habilidad para pintar mi cuadro como soy en realidad y que no me halague en absoluto. Pero resalte todas estas asperezas, estas espinillas, las verrugas y todo como usted me ve. De otra manera, nunca pagaré ni un cuarto de penique por él»².

Admiro a la gente que es auténtica y transparente, y disfruto las biografías que pintan las figuras históricas tal como fueron en realidad. Ponga juntas esas dos cualidades en un solo libro y no seré capaz de soltarlo. No me dé la versión mejorada de la vida de una persona. Quiero que me pinten a la gente como era, con «espinillas, verrugas y todo».

Así es como la Biblia representa a *todos* sus personajes. Lo que la

Lo que la Biblia narra no son cuentos de hadas. La Biblia es un libro acerca de la vida real.

Biblia narra no son cuentos de hadas. La Biblia es un libro acerca de la vida real, que muestra gente real que pasa por experiencias reales en un mundo real. Nos dice la verdad sin adornos acerca de sus héroes, incluso cuando esa verdad resulta incómoda o desagradable. Cuando usted encuentra una vida representada, ve toda la historia sin falsedades, sin modelos retocados. Cada uno de los hombres y mujeres de la Biblia es como Elías, a quien el apóstol Santiago describió como «un hombre con debilidades como las nuestras» (Santiago 5:17, NVI).

La Biblia nos cuenta las historias de esa gente porque somos como ellos, y sus experiencias nos ayudan a entendernos a nosotros mismos, y a comprender nuestras necesidades y nuestra relación con Dios. Lo mismo se puede decir de las biografías en general, pero es especialmente cierto de las biografías de las figuras históricas de las Escrituras, lo cual puede explicar por qué he escrito tantas de ellas. Creo que un examen minucioso de la vida de una persona, particularmente de una persona que ayudó a formar nuestro mundo actual, puede ser una de las mejores inversiones para nuestro tiempo de lectura. Por consiguiente, son raras las ocasiones en las que yo no esté leyendo una biografía.

Al haber leído tantas biografías, he descubierto que muchas cosas en la vida son cíclicas; la historia se repite. Yo obtengo sabiduría al aprender cómo otra persona pasó por un tiempo difícil. Cómo un gran hombre o una gran mujer respondió a la crítica. Cómo una persona, aunque era honrada y celebrada, evitó caer en la trampa para el ego que es la arrogancia o la altivez.

He llegado a darme cuenta de que hay, por lo menos, cuatro beneficios que recibo al estudiar biografías.

Una buena biografía traduce la verdad a la vida.

Las discusiones teológicas pueden ser aburridas o demasiado teóricas. Aunque sean válidas las verdades que tratan, a veces las discusiones llegan a ser terriblemente estériles y abstractas. Al igual que las plantas, las verdades teológicas pertenecen en la tierra. La verdad bíblica prospera en el terreno de la vida real, donde cobra

vida, florece y da fruto. Uno de mis mentores, el doctor Howard Hendricks, solía desafiar a sus estudiantes con esta orden: «Encarnen la verdad». *Encarnar* es hacer que algo se convierta en carne. No solo discuta la verdad; haga que la verdad llegue a ser carne viva para que otros sean atraídos al Autor de la verdad.

Por ejemplo, yo podría predicar o escribir una serie acerca del sufrimiento. La gente probablemente la oiría o leería y haría su mejor esfuerzo para permanecer interesada, pero nada cambiaría mucho. Sin embargo, cuando escribí la biografía de Job, la verdad acerca del sufrimiento cobró vida. Los lectores se sintieron conectados con ese relato auténtico de sufrimiento, y resonó en sus propias experiencias. Eso se debe a que una biografía encarna la verdad bíblica y teológica.

Una buena biografía crea una afinidad más cercana con la gente que siempre hemos admirado a la distancia.

Cuando estudiamos la vida de una persona de la Biblia, sentimos que hemos conocido a un amigo. Esa amistad puede llegar a ser notablemente íntima. Si usted lee una biografía con algo de imaginación, y se coloca en el mundo del sujeto, comienza a sentir una unión con él o ella, incluso con alguien tan extraordinario como un profeta como Elías, un líder como Moisés o una dama valiente como Ester. De repente, usted siente una afinidad con esa persona, una amistad que está llena de respeto y gratitud.

Una buena biografía ofrece estabilidad cuando pasamos por experiencias similares.

Si estudia la vida de David, se dará cuenta de que si ha perdido a su bebé, usted no es la única persona a quien esto le ha pasado. El hijo pequeño de David, todavía en pañales, murió de una enfermedad corta pero intensa. O tal vez usted trabaja para un jefe imposible, alguien desequilibrado emocionalmente que, de alguna manera, mantiene una posición de poder. En sus años de adulto joven, David trabajó para el rey Saúl, quien llegó a ser extremadamente paranoico y obsesivamente atormentó la vida de David por más de doce años. Estudie las experiencias de David durante el período transicional

entre las edades de diecisiete y treinta años, antes de que tomara el trono de Israel, y podrá aprender cómo lidiar con un superior opresivo.

Tal vez tenga una relación tensa con su madre. Esaú también la tuvo. Su biografía le dará una mayor perspicacia. Si está en desacuerdo con algún compañero de trabajo, o quizás con otro cristiano, estudie la vida de Bernabé y de Pablo, quienes se enfrentaron en un serio desacuerdo entre sí debido a un asunto, cada uno rehusando retractarse. Ellos se separaron por el desacuerdo y nunca más volvieron a trabajar juntos. A veces, un conflicto no se resuelve. Un estudio de sus vidas nos ayudará a saber cómo entrar en desacuerdo sin ser desagradables, tal como lo deben hacer los cristianos maduros.

Una buena biografía nos ayuda a mantener una perspectiva divina sobre la vida.

Cuando nos codeamos con una persona de las Escrituras, obtenemos una perspectiva mucho más amplia de nuestras circunstancias. Para muchos de nosotros es fácil llegar a preocuparnos, a sentirnos cargados por el fracaso. Estudie la vida de Pedro y descubrirá a un hombre impulsado por sus propias emociones. Impulsivo al extremo, hablaba sin pensar y se lanzaba sin medir las consecuencias, hábitos que lo llevaron a negar a su Señor en tres ocasiones distintas durante el período más difícil de la vida de Jesús en la tierra. Se sentirá alentado al ver cómo el Señor restauró a Su amigo caído y cómo Pedro se levantó por encima de ese fracaso horrible.

Así que, ¿por qué Abraham? ¿Qué tiene que ver la vida de un nómada antiguo con la nuestra?

En años recientes hemos presenciado el surgimiento de lo que algunos han llamado «ateísmo radical», dirigido por autores como Richard Dawkins, Sam Harris y el difunto Christopher Hitchens. Ellos no simplemente rechazan la existencia de Dios; atacan agresivamente la creencia en Dios como un mal que debe ser erradicado. Algunos se preocupan de adónde llevará esta tendencia a nuestra civilización del siglo veintiuno. Yo *no* me preocupo. Aunque el

movimiento puede ser radical, ciertamente no es algo nuevo. Y además, miré hacia adelante para ver cómo termina la historia de la humanidad. ¿Quiere saber el final? Dios gana.

Así que, con el asunto de la victoria arreglado, la pregunta llega a ser: ¿Cómo nos conducimos nosotros, como creyentes en Dios el Creador, en un mundo que no acepta Su existencia como verdad?

Si retrocedemos la historia lo suficiente, descubrimos un tiempo en el que virtualmente nadie creía en Dios. Las civilizaciones adoraban a muchos dioses de su propia invención, y fraguaban supersticiones extremas para explicar lo inexplicable, pero no reconocían la existencia de un Creador verdadero de todas las cosas. De esa masa de humanidad teológicamente sin rumbo, surgió un hombre que comenzó a proclamar lo que podríamos llamar «teísmo radical». El hombre que ahora conocemos como Abraham no solo afirmó que existía un Creador verdadero y que todos los demás dioses no existían, sino que también arriesgó toda su vida sobre esa creencia.

Ahora la mayoría del mundo reverencia a ese hombre como el «padre de la fe»³. Su historia se conserva en Génesis, y nos dice mucho de lo que tenemos que saber acerca de la fe. Aunque la trayectoria de fe de cada persona es única, Abraham dejó una huella resplandeciente para el resto de nosotros; su trayectoria de fe nos habla de la nuestra. La biografía de Abraham tiene mucho que enseñar a cualquiera, incluso a un ateo, que desea conocer al único Creador verdadero.

La historia de Abraham no aparece en Génesis hasta después de la primera cuarta parte del libro. Para cuando los lectores conocen a Abraham, ya han aprendido mucho acerca de Dios. Así que parece correcto que nosotros sepamos algo de Dios también. Por cuestiones de tiempo, permítame resumir lo que la Biblia revela de Dios.

Primero, el Dios de la Biblia es la única deidad en existencia. Él

Aunque la trayectoria de fe de cada persona es única, Abraham dejó una huella resplandeciente para el resto de nosotros; su trayectoria de fe nos habla de la nuestra.

no es uno de muchos; solo hay un Dios y no hay otro. La Biblia niega la validez de cualquier religión o filosofía que no reconoce a Dios, tal como se describe en sus páginas, como el único objeto de adoración. Cualquier dios cuya descripción difiera de la descripción de la Biblia es una ficción y, por lo tanto, no existe.

Segundo, como el único Creador del universo, tiene tanto la autoridad como la capacidad de gobernar a toda la creación, incluso a la gente. Su soberanía es absoluta. Debido a que es moralmente perfecto, Él es el único juez sobre lo que está bien y lo que está mal. Por consiguiente, solo Él tiene la capacidad y el derecho de juzgar a cada persona.

Tercero, el amor de Dios por la gente es infinito. No tiene límites. Su amor no se puede medir porque no tiene fin. Él sabe todo acerca de nosotros, y aun así, nos ama. Nada que Él sepa de nosotros puede hacer que nos ame menos, y no importa cuán grande pueda llegar a ser nuestra devoción, Él no puede amarnos más. Su amor no solo es infinito, es también absoluto.

Cuarto, la guía de Dios es impredecible desde la perspectiva humana. Frecuentemente Él guía a Su pueblo a lugares y circunstancias que son sorprendentes, porque Él no pinta dentro de las líneas que trazan los humanos. Debido a que Su carácter es siempre consecuente, Sus métodos no se pueden calcular como si Él fuera una máquina programada.

Quinto, las bendiciones de Dios a nosotros son sorprendentes. Porque es justo, frecuentemente nos ofrece misericordia. Nos da más cosas buenas de las que merecemos y nos protege de muchos dolores que merecemos. La mejor palabra para describir Su carácter, Sus valores y Sus métodos es *gracia*. Además, nada puede contener Su gracia, ni siquiera nuestro rechazo rebelde hacia Él mismo.

Con esos hechos esenciales en mente, comencemos nuestro examen detallado de la vida de Abraham. Mientras seguimos la trayectoria del patriarca desde la ignorancia pagana a la iluminación bíblica, permítame desafiarlo a que se ponga en las sandalias de

ese nómada tan notable. Para cuando lea las palabras finales del último capítulo, espero que haya aceptado por lo menos tres verdades importantes.

Primera verdad, el pensamiento verdaderamente iluminado se desarrolla sobre la base de que Dios, como describe la Biblia, no solo existe sino que gobierna activamente Su creación (véase el Salmo 111:10 y Proverbios 1:7). Cuando la vida se ve a través de esa lente, los descubrimientos científicos llegan a ser más claros, y el mundo con todo su caos y peligro llega a ser un lugar menos aterrador.

Segunda verdad, el Dios de la Biblia lo ama a usted y ha participado de forma activa en su vida desde el día que nació, e incluso antes. Eso es cierto ya sea que usted se dé cuenta de Su actividad o no, o que decida reconocer Su existencia.

Tercera verdad, Dios tiene un plan para usted, y ese plan incluye bendiciones mayores que su capacidad de imaginar. Hace muchos siglos, Él estableció un plan para redimir al mundo del mal, y ha hecho un lugar para usted en Su gran diseño. Ese plan redentor comenzó con Su elección de un hombre, Abraham. Debido a que la historia de él es un arquetipo para la mía, y la suya, caminemos en sus sandalias mientras aprendemos acerca de este Dios que nos ama tanto.

Chuck Swindoll

ENERO DE 2014

CAPÍTULO 1

IR... SIN SABER ADONDE



EN EL PRINCIPIO DIOS CREÓ TODO —el universo, nuestro sol, este planeta— y pobló la tierra con plantas, peces, aves, animales y, finalmente, humanos. Y era bueno... de hecho, muy bueno. Todo en la creación existía en colaboración simbiótica con todo lo demás. Es decir, hasta que Adán y su esposa Eva, los primeros humanos, violaron la única regla de su Creador: de todos los millones de árboles frutales en la tierra, no debían comer del fruto de un árbol específico (véase Génesis 2:15-17). Cuando ellos decidieron comer de ese árbol, a pesar de la seria advertencia del Creador, todo cambió. *Todo.*

Su decisión de desobedecer a Dios fue un acto de rebeldía. Ellos decidieron seguir sus propios deseos en lugar de confiar en la guía de Dios. Y su acto de rebeldía cambió la forma en que el mundo funciona. Antes de la caída, todo había funcionado de acuerdo a la gracia de Dios, pero después de ese momento, el mundo rápidamente llegó a ser un lugar caracterizado por sufrimiento, enfermedades, dolor, egoísmo, violencia y muerte. La gente nació con la naturaleza rebelde de Adán, y después de solo unas cuantas generaciones, toda

la raza humana llegó a ser tan incorregiblemente corrupta que Dios la arrasó toda, excepto a un puñado de vidas: Noé y su familia (véase Génesis 6–9).

Varias generaciones después de ese nuevo comienzo, la población humana se restableció pero su condición moral no era mucho mejor. De hecho, en la época de Abraham, la humanidad estaba encaminada a ser incorregible otra vez. La gente vivía de acuerdo a sus propias reglas, que según información arqueológica incluía toda clase de vicios y perversión. En lugar de buscar conocer a Dios, su Creador, intercambiaron la verdad por la superstición. Se entretenían en sus fogatas con historias de seres espirituales míticos cuyas actividades afectaban al mundo físico, tallaban ídolos para representar a esos dioses imaginarios y luego hacían cosas espantosas para aplacarlos.

Dios pudo haberle dado la espalda a la creación. Pudo haber abandonado a la humanidad a su ignorancia autodestructiva. Él no estaba moralmente obligado a rescatar a la humanidad de la maldad que ella había creado y perpetuado. Aun así, Dios estableció un plan para redimir al mundo, comenzando con un hombre. Él haría de ese hombre un modelo receptor de gracia salvadora y lo establecería como el padre fundador de una nación nueva y única. Con el tiempo, conforme el plan se desarrollara, esa nación llegaría a ser el medio por el que todo el mundo podría enterarse del verdadero Dios Salvador y regresar a Él.

El plan redentor de Dios comenzó con Su elección de un hombre llamado Abram.

El hombre elegido de Dios

Conocemos a este hombre con el nombre de Abraham, pero él nació como Abram. Dios cambió su nombre en un momento crítico de la narración, pero durante los primeros 99 de sus 175 años, él respondía al nombre de Abram.

Vivió alrededor del final de la Edad de Bronce Temprana (cerca de 2000 a. C.), en una ciudad próspera, activa y culta conocida como

«Ur de los caldeos» (Génesis 11:28). La tierra de los caldeos, conocida también como Mesopotamia, estaba ubicada en el Irak de la época actual, al que los arqueólogos e historiadores llaman la cuna de la civilización, porque es allí donde la gente antigua se reunió por primera vez en ciudades y estableció sociedades. «Pocos períodos de la historia antigua están tan bien documentados por artefactos e inscripciones como el período de Abraham»¹. Por consiguiente, sabemos mucho de la cultura, la religión, las creencias y la vida diaria de ese hombre.

Abram era un miembro común y corriente de su sociedad, no distinto a sus vecinos. Al nacer recibió el nombre que significa «el padre es exaltado», muy probablemente una referencia a la deidad que su familia adoraba. La gente de la antigua Mesopotamia adoraba un panteón de dioses míticos, gobernado por el dios luna, Sin, a quien ellos consideraban «el señor del cielo» y «el creador divino»². Al igual que sus parientes y vecinos, Abram adoraba ídolos y aceptaba la mitología como la verdad (véase Josué 24:2). Aun así, Dios se le apareció específicamente a Abram y le dio instrucciones personalizadas: «Deja tu patria y a tus parientes y a la familia de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré» (Génesis 12:1).

Es importante observar que Dios no apareció ante un grupo de gente y luego ofreció una invitación general para seguirlo. También debemos observar que Abram no buscó a Dios para tener una relación con Él; Dios se acercó a Abram. Es dudoso que Abram siquiera hubiera oído del único Dios Creador verdadero antes de ese momento. Por un acto de pura gracia, Dios introdujo Su mano en ese agujero idólatra para elegir a Abram de entre toda la gente.

¿Por qué ese hombre en particular? ¿Se había apartado de los ídolos de sus ancestros y había buscado a Dios? ¿Se hizo digno de la misericordia divina? ¡Lejos de eso! El Señor escogió a Abram por razones que solo se conocen en el cielo. Podemos decir con seguridad que Abram no hizo nada para

El Señor escogió a Abram por razones que solo se conocen en el cielo. Abram no hizo nada para ganar ni merecer el favor de Dios.

ganar ni merecer el favor de Dios. Sin embargo, el Señor apareció ante ese adorador de ídolos ignorante y pecador y le dijo: «Deja tu patria y a tus parientes y a la familia de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación; te bendeciré y te haré famoso, y serás una bendición para otros. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te traten con desprecio. Todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti» (Génesis 12:1-3).

El llamado de Dios a Abram comenzó con un imperativo, una orden clara. Dios le dijo que se fuera de su país a una tierra que Él le mostraría... algún tiempo después. Para recibir las bendiciones prometidas, Abram tuvo que dejar atrás todo en lo que confiaba para su seguridad y provisión —su tierra natal y sus parientes— y tuvo que confiar en que Dios honraría Su compromiso. Un escritor del Nuevo Testamento reflexionó sobre su antepasado al afirmar: «Fue por la fe que Abraham obedeció cuando Dios lo llamó para que dejara su tierra y fuera a otra que él le daría por herencia. Se fue sin saber adónde iba» (Hebreos 11:8).

Deténgase a pensar en eso por un momento. Póngase en el lugar de Abram. Tiene aproximadamente setenta y cinco años de edad, y una esposa de sesenta y tantos años. Ha vivido en el mismo lugar toda su vida. Tiene una hacienda en una ciudad conocida, con familia y una comunidad que ha conocido desde que nació. De repente, el Señor se le aparece en una manifestación física, ya sea visual o auditiva, que usted no puede negar como auténticamente sobrenatural, y le dice que empaque y se ponga en camino hacia un destino desconocido. ¿Puede imaginar las conversaciones de Abram con sus amigos y vecinos?

—Veo que estás empacando, Abram.

—Sí.

—¿De verdad? ¿Te vas de la ciudad?

—Sí, nos vamos en unos cuantos días.

—Como sabes, no nos hacemos más jóvenes. ¿Estás listo para comenzar de nuevo en otra parte?

—Sí, Sarai y yo nos mudaremos.

—¿En serio? Entonces, ¿adónde se van?

—No lo sé.

—¿Empacas todo lo que tienes, dejas todo lo que conoces, y no tienes idea adónde te diriges? ¿Te has vuelto loco?

Todo lo que hay en nosotros se resiste a hacer cambios sin una planificación detallada. La mayoría de nosotros necesita ver adónde saltaremos antes de comprometernos a dar el salto. Pero Dios llamó a Abram para que obedeciera Su llamado sin darle la información completa. Abram no sabía adónde iba, por lo que no podía confiar en un plan bien pensado a largo plazo. Sin embargo, el Señor le dio a Abram la información *suficiente* para tomar una decisión razonable.

Cuando Abram se encontró con el Señor, sabía que Dios era real. El asombroso esplendor de la presencia de Dios no le dejó lugar para dudas. Por otro lado, el Señor le dio tres promesas específicas que hacían que la obediencia valiera la pena. Aunque sus vecinos pensaban que había perdido la razón, Abram tenía buenas razones para confiar en Dios, incluso sin conocer cada detalle del plan.

El pacto incondicional de Dios

Distintas clases de pactos aparecen en todo el Antiguo Testamento, algunos entre personas y otros entre naciones. También hay varios pactos divinos, que son contratos o acuerdos entre Dios y la gente. En el Huerto del Edén, el Creador estableció un pacto con Adán y Eva: «Puedes comer libremente del fruto de cualquier árbol del huerto, excepto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si comes de su fruto, sin duda morirás» (Génesis 2:16-17). Observe la promesa: «Si comes de su fruto, sin duda morirás» (versículo 17).

Un poco más adelante en las Escrituras, llegamos a la época de Noé cuando Dios dijo: «He decidido destruir a todas las criaturas vivientes, porque han llenado la tierra de violencia. Así es, ¡los borraré a todos y también destruiré la tierra! Construye una gran barca» (Génesis 6:13-14). Cuando el agua se retiró, el Señor prometió, «Yo

confirmo mi pacto con ustedes. Nunca más las aguas de un diluvio matarán a todas las criaturas vivientes; nunca más un diluvio destruirá la tierra. [...] Les doy una señal de mi pacto con ustedes y con todas las criaturas vivientes, para todas las generaciones futuras. He puesto mi arco iris en las nubes. Esa es la señal de mi pacto con ustedes y con toda la tierra» (Génesis 9:11-13).

Algunos pactos son condicionales, lo que significa que el cumplimiento de una parte depende del cumplimiento de la otra. Estos acuerdos generalmente incluyen declaraciones de si/entonces: «Si usted hace su parte, entonces yo haré mi parte». Cuando Dios estableció a los israelitas en la Tierra Prometida, Él hizo un pacto condicional con ellos: «Si obedeces al SEÑOR tu Dios en todo y cumples cuidadosamente sus mandatos que te entrego hoy, el SEÑOR tu Dios te pondrá por encima de todas las demás naciones del mundo. Si obedeces al SEÑOR tu Dios, recibirás las siguientes bendiciones» (Deuteronomio 28:1-2). Por otra parte, dijo: «Pero si te niegas a escuchar al SEÑOR tu Dios y no obedeces los mandatos y los decretos que te entrego hoy, caerán sobre ti las siguientes maldiciones y te abrumarán. [...] El propio SEÑOR te enviará maldiciones, desorden y frustración en todo lo que hagas, hasta que por fin quedes totalmente destruido por hacer lo malo y por abandonarme» (Deuteronomio 28:15, 20).

Un pacto incondicional es una promesa directa que no contiene estipulaciones. En el primer encuentro del Señor con Abram, Él estableció un pacto incondicional. Le dio una orden al patriarca, y Abram tuvo que obedecer para reclamar las bendiciones de Dios. Aun así, las promesas no contenían declaraciones de si/entonces. Fueron simples declaraciones:

- «*Haré de ti una gran nación*» (Génesis 12:2).
- «*Te bendeciré y te haré famoso*» (versículo 2).
- «*Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te traten con desprecio*» (versículo 3).

- «Todas las familias de la tierra *serán* bendecidas por medio de ti» (versículo 3).

Observe también que el pacto incluye tres áreas importantes de bendición:

- Una bendición *nacional*.
- Una bendición *personal*.
- Una bendición *internacional*.

Dios prometió una bendición incondicional *nacional*. Los descendientes de Abraham serían lo suficientemente numerosos como para formar una gran nación. ¡No pasemos por alto el hecho de que Dios le hizo esa promesa a un hombre de setenta y tantos años! La esposa de Abram, quien para ese entonces tenía sesenta y tantos años, no había dado a luz a ningún hijo. Como pareja estéril que ya había pasado la flor de su vida, habían perdido la esperanza de tener hijo alguno, y ni hablar de toda una nación de descendientes. Aun así, el Señor prometió: «Haré de ti una gran nación».

Ahora sabemos que Dios tenía en mente a la nación de Israel, ya que la historia nos cuenta que Abraham es el padre del pueblo hebreo. Dios hizo la promesa de bendecir sin condiciones a una nación; Él garantizó su cumplimiento sin falta. Por supuesto, Abram y Sarai tuvieron que esperar. Todavía no estaban listos para recibir esta bendición particular. Una trayectoria de desarrollo de fe que duraría veinticinco años estaba por delante de ellos. Y cuando la confianza de Abram vaciló durante esos años entre la promesa y el cumplimiento, el Señor reafirmó Su pacto incondicional por lo menos dos veces más.

Cuando Abram llegó a Canaán, la clase de mal que había precipitado el diluvio había invadido ese territorio (véase Génesis 6–9). Para empeorar las cosas, Abram renunció a una parte del derecho a esa tierra para resolver una disputa familiar (véase Génesis 13:1-12). El Señor le dijo a Abram: «Mira lo más lejos que puedas en todas las

direcciones: al norte y al sur, al oriente y al occidente. Yo te doy toda esta tierra, tan lejos como alcances a ver, a ti y a tu descendencia como posesión permanente. ¡Y te daré tantos descendientes que, como el polvo de la tierra, será imposible contarlos!» (Génesis 13:14-16).

Años después, todavía sin hijos propios, Abram se preguntaba si tal vez su criado principal, Eliezer, llegaría a ser su heredero oficial. El Señor tranquilizó el temor del patriarca.

El SEÑOR le dijo:

—No, tu siervo no será tu heredero, porque tendrás un hijo propio, quien será tu heredero.

Entonces el SEÑOR llevó a Abram afuera y le dijo:

—Mira al cielo y, si puedes, cuenta las estrellas. ¡Esa es la cantidad de descendientes que tendrás! [...]

Entonces el SEÑOR hizo un pacto con Abram aquel día y dijo: «Yo he entregado esta tierra a tus descendientes, desde la frontera de Egipto hasta el gran río Éufrates, la tierra que ahora ocupan los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, los hititas, los ferezeos, los refaítas, los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos».

GÉNESIS 15:4-6, 18-21

No nos gusta esperar, pero es entonces cuando Dios hace algunas de sus mejores obras en nuestra alma. Cuando me veo obligado a esperar el tiempo de Dios, yo cambio. A veces descubro que mi petición era egoísta, que no era parte del plan de Dios en lo absoluto. Otras veces me doy cuenta de que mi nivel de madurez no era suficiente para soportar la bendición que Dios quería que yo disfrutara; tenía que crecer para poder manejarla bien. Muy frecuentemente, mis circunstancias tenían que cambiar, o la bendición se habría convertido en una carga.

A medida que vemos cómo se desarrolla la trayectoria de fe de

Abram, veremos por qué tuvo que esperar tanto para recibir las bendiciones prometidas de Dios.

Dios prometió una bendición incondicional *personal*. Eso incluía gran riqueza, así como protección personal. Más adelante, la historia dice que «Abram era muy rico en ganado, plata y oro» (Génesis 13:2). Se le conocía por haber recibido muchas bendiciones de Dios, incluso «rebaños de ovejas y cabras, manadas de ganado, una fortuna en plata y en oro, y muchos siervos y siervas, camellos y burros» (Génesis 24:35). La gente de Canaán se refería a él como «un príncipe de honor entre nosotros» (Génesis 23:6).

Este es un buen lugar para detenernos y decir que Dios no condena a los ricos. Dios se reserva el derecho de bendecir a algunos con una abundancia de dinero y posesiones materiales, y de no bendecir a otros de esa manera. Ese es Su derecho soberano. En nuestra cultura materialista, podríamos acusar a Dios de crueldad por retener la bendición material de algunos, pero la economía de Dios no hace negocios con nuestra moneda. Algunos de los siervos de Dios más honorables han vivido sin un centavo, incluso su propio Hijo. Sin embargo, Él promete que la pobreza temporal por dedicarse a Él será grandemente recompensada en la eternidad (véase Mateo 6:33; Marcos 10:29-31).

Abram nunca se disculpó por ser rico. De hecho, Dios usó sus riquezas de una manera maravillosa, como lo veremos más adelante.

Dios prometió una bendición incondicional *internacional*. Sobrepuesta a las bendiciones nacionales y personales, Dios puso una bendición para toda la humanidad: «Todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti» (Génesis 12:3). Esto se refiere a todas las razas y nacionalidades de todo el mundo. Dios le daría bendición a toda la gente a través de los descendientes de Abram, la nación hebrea.

En Su grandioso plan para redimir al mundo del pecado y la maldad, Dios desarrolló una nación fundada en la fe de un hombre. Esa nación sería «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éxodo 19:6,

nvi), responsable de guiar a las naciones ignorantes, supersticiosas e idólatras hacia una relación con el único Creador verdadero. El Señor estableció al pueblo hebreo como «una luz para guiar a las naciones. Abrirás los ojos de los ciegos» (Isaías 42:6-7). Dijo: «Yo te haré luz para los gentiles, y llevarás mi salvación a los confines de la tierra» (Isaías 49:6). Para ayudarlos a cumplir esa gran tarea, colocó a Israel en una pequeña franja de tierra asentada entre el extenso Desierto Árábigo y el vasto Mar Mediterráneo.

Cualquiera que viajara entre los grandes imperios del mundo antiguo —Egipto, Asiria y Babilonia— tenía que pasar por la tierra que se le prometió a los descendientes de Abram. Si Israel hubiera permanecido fiel a su llamado, los mercaderes, los ejércitos y los vagabundos habrían visto una nación bendecida y habrían dicho: «¿Quién es este rey increíble que los hace tan prósperos y seguros?». Y el pueblo hebreo podría haber respondido: «¡Nuestro Rey es el Dios de Abram! ¿Les gustaría conocerlo?».

Después de pasar mucho de su vida, quizá desde su nacimiento, en Ur de los caldeos, Abraham recibió instrucciones de Dios: «Deja

| LA OBEDIENCIA A MEDIAS DE ABRAM | |
|---|--|
| Génesis 11:31–12:3 | Hechos 7:2-4 |
| <p>Cierto día, Taré tomó a su hijo Abram, a su nuera Sarai (la esposa de su hijo Abram) y a su nieto Lot (el hijo de su hijo Harán) y salieron de Ur de los caldeos. Taré se dirigía a la tierra de Canaán, pero se detuvieron en Harán y se establecieron allí. Taré vivió doscientos cinco años y murió mientras aún estaba en Harán.</p> <p>El SEÑOR le había dicho a Abram: «Deja tu patria y a tus parientes y a la familia de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación; te bendeciré y te haré famoso, y serás una bendición para otros. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te traten con desprecio. Todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti».</p> | <p>Nuestro glorioso Dios se le apareció a nuestro antepasado Abraham en Mesopotamia antes de que él se estableciera en Harán. Dios le dijo: “Deja tu patria y a tus parientes y entra en la tierra que yo te mostraré”. Entonces Abraham salió del territorio de los caldeos y vivió en Harán hasta que su padre murió. Después Dios lo trajo hasta aquí, a la tierra donde ustedes viven ahora.</p> |

tu patria y a tus parientes y a la familia de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré». Tristemente, él no respondió con obediencia total; obedeció solo en parte. Cuando se fue de Ur, Abram se llevó a su padre, Taré, y a su sobrino, Lot. Con ellos fueron sus domésticos y sus posesiones.

Abram se desplazó en dirección general hacia Canaán, la tierra que Dios le había prometido, pero no viajó más allá de Harán. Según las inscripciones antiguas, las rutas principales de comercio de Damasco, Nínive y Carquemis convergían en esa ciudad. Tal vez, atraído por la abundancia material y la oportunidad de crecer su riqueza, la caravana de Abram se desvió. Sin embargo, es más posible que otro obstáculo se interpuso entre Abram y la plena obediencia. El dios luna, Sin, al que la familia de Abram adoraba, tenía dos lugares principales de adoración: Ur de los caldeos y... (ya lo adivinó) Harán.

No es difícil imaginar que el padre de Abram, un devoto de toda la vida del dios luna, no se quería separar del santuario de la deidad en Harán, conocido por los lugareños como «la casa de regocijo»³. Por eso fue que el Señor le dio instrucciones a Abram de que dejara a su familia; sabía que ellos llegarían a ser una distracción perpetua para su llamado. Cuando el padre de Abram decidió tardarse en Harán, Abram debió haberse despedido de su padre y continuado hacia Canaán.

Abram también permitió que su sobrino Lot lo siguiera, posiblemente porque se compadecía del joven. El padre de Lot había muerto unos años antes (véase Génesis 11:27-28), y sin duda él se aferró a Abram por su guía paternal. Por otra parte, es posible que Abram viera a Lot como su potencial heredero, ya que no tenía un hijo propio. Sin embargo, a medida que la historia progresa, Lot demuestra ser una distracción incluso mayor que el padre de Abram. De hecho, mortal.

Su propia fe en desarrollo

Génesis 12:4 inicia la historia del semillero de la fe de Abram, la fe que llega a ser un árbol totalmente maduro y produce fruto. Me

consuela ver que Dios no invalidó Su pacto con Abram aunque él no logró obedecerlo totalmente. Afortunadamente para Abram, y para todos nosotros, el Señor no espera que alguien ejerza una fe perfecta. Más bien, Él nos encuentra donde estamos y luego nos ayuda a cultivar cada vez más una confianza más madura en Él. Por eso es que no tengo reparos para decirle que Dios todavía no ha terminado conmigo. Él sigue estirando el músculo de mi fe para que pueda llegar a ser aún más fuerte con el uso. Y hace lo mismo con usted.

A medida que reflexiona en el inicio titubeante de Abram, permítame estimularlo a examinar su propia trayectoria de fe haciéndose tres preguntas penetrantes.

1. ¿Busca la voluntad de Dios de manera deliberada y apasionada?

De los siete pecados capitales, la pereza es el más siniestro de todos. La pasividad mortal puede consumir nuestra vida, y antes de que nos demos cuenta, no tenemos ninguna evidencia de los años que hemos pasado. Pero la pereza no es flojera. En su esencia, la pereza es la desconexión de lo que debe mantenernos apasionados. La pereza es fracasar en seguir el curso que Dios nos puso enfrente, y significa fallar en cumplir nuestro propósito divino.

Lo desafío a hacer esta oración: «Señor, guíame hacia Tu voluntad, sin importar qué cambio sea necesario, sin importar adónde tenga que ir ni qué tenga que hacer. Quiero que sepas, Señor, que estoy disponible. No quiero vivir fuera de Tu voluntad». Luego, prepárese para algunas respuestas incómodas a su oración. La fe rara vez implica opciones fáciles.

A principios de mi ministerio, unos años después de haberme graduado del seminario, acepté un puesto de pastor en un suburbio de Boston. Diez meses después, me di cuenta de que yo no era una buena opción para esa iglesia. Sinceramente había pensado que ese sería mi lugar de ministerio por varios años. Además, la pequeña iglesia había gastado \$1600 para trasladarnos a mi familia y a mí, una pequeña fortuna a mediados de la década de 1960. Me sentía muy

avergonzado por la posibilidad de irme apenas un par de años después de haber llegado. Yo insistía: «Señor, quiero hacer tu voluntad, pero no creo que sea aquí donde debo estar».

Finalmente, lo platicué con Cynthia, y ella estuvo de acuerdo. Pero éramos jóvenes y sin experiencia; no sabíamos qué hacer. ¿Qué hace un pastor cuando se da cuenta de que no está donde el Señor lo quiere? No había nada de malo con la iglesia y ellos me amaban, pero yo no podía quitarme la sensación de intranquilidad que llegó a ser cada vez más una distracción y un agobio.

Nunca olvidaré la visita que le hice a Tom, el presidente de ancianos. Él tenía una tienda de trajes tipo esmoquin, y me reuní con él allí. Caminamos detrás de la cortina y nos sentamos en el salón de atrás. Él dijo: —¿Qué pasa?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me sentía avergonzado y detesté darle la noticia. —Tom, tengo que decirte que no siento que deba estar aquí.

Naturalmente, él preguntó lo que cualquiera preguntaría. —¿Pasa algo malo?

—Nada —respondí.

—No pasa nada malo, ¿y crees que no deberías estar aquí?

—Correcto.

—¿Adónde quieres ir?

—No sé, Tom. Solo sé que no me puedo quedar aquí.

Nunca olvidaré su respuesta tan amable, algunas de las palabras más maravillosas que haya oído. —Chuck, si el Señor no te quiere aquí, entonces nosotros tampoco lo queremos.

Podría haber dicho: «Bueno, sabes que gastamos mucho dinero para trasladarte aquí. Trabajamos mucho para establecerte en una casa. Incluso pusimos un papel tapiz nuevo para ustedes. Nos hemos esforzado mucho, ¿y así es como nos lo agradeces?» No hubo nada de esas cosas humillantes. Él se unió conmigo en sumisión a la guía de Dios, aunque no tenía mucho sentido.

Eso nos lleva a la segunda pregunta.

2. Si Dios le dijera que abandonara su zona de comodidad para asumir los retos de lo desconocido, ¿cómo respondería?

Confiar en Dios rara vez implica decisiones fáciles. Si cada misionero buscara la comodidad, la conveniencia o lo conocido, las misiones colapsarían de la noche a la mañana. Los ministerios se retirarían y las obras de beneficencia dejarían de existir. Cada decisión de seguir la guía de Dios implica sacrificio, por lo menos el sacrificio de nuestros

Cada decisión de seguir la guía de Dios implica sacrificio, por lo menos el sacrificio de nuestros propios deseos.

propios deseos. ¿Confía usted en el carácter de Dios lo suficiente como para obedecerle sin tener claros todos los detalles? ¿Está dispuesto a aceptar una pérdida de corto plazo para recibir bendiciones divinas que todavía no puede ver?

3. ¿Hace usted que la obediencia sea demasiado complicada?

Si discute su decisión con demasiadas personas o le da muchas vueltas al asunto, está haciendo que la obediencia sea algo complicado. Probablemente está cayendo en una de las siguientes trampas:

- Está esperando que alguien le dé una razón convincente para hacer algo que en su corazón sabe que no es la voluntad de Dios.
- Está esperando encontrar una forma de obedecer a Dios sin tener que enfrentar dificultades ni sacrificio.
- No le gusta el riesgo, y está esperando que Dios cambie de parecer si usted tarda lo suficiente en tomar la decisión.
- Está esperando que el hablar y demorar le dará tiempo para sentirse mejor en cuanto a la decisión antes de que tenga que comprometerse con ella.
- Todavía no ha aceptado que no hay tal cosa como una decisión que no tenga por lo menos algunas consecuencias negativas.

Si sabe lo que Dios quiere que haga, la obediencia no es complicada. Podría ser difícil pero no es complicada. Deje de esperar que sea fácil, y deje la búsqueda de alternativas. No espere más a que se arreglen todos los detalles. El Señor le ha dado una oportunidad de crecer en la fe. Él quiere que usted confíe en Su cuidado fiel y descanse en Su poder determinado. Ha llegado la hora de obedecer.

Ahora...

¡Vaya!

